

La trinchera infinita

La película transcurre en la época de la guerra civil española. Higinio salva su vida casi de milagro y logra llegar hasta su casa donde su mujer Rosa lo esconde en un hueco de la casa (sin saber aún que no se atreverá a salir de ese agujero durante muchísimos años). Higinio, que hasta ese momento luchaba por un Ideal, pasa a ubicarse en lo que Hegel llama el lugar del esclavo: conservar la vida al precio de perder su libertad: Elegir la libertad en ese tiempo, era elegir la muerte. Todos los acusados de traidores eran fusilados. A partir de allí su vida deseante deja de estar sostenida por el sentimiento de lucha, para aferrarse a una vida donde se trata de sobrevivir. Higinio permanece 30 años esperando, encerrado como un topo, que caiga el régimen franquista. Su mujer lo cuida y es quien le trae las noticias del mundo exterior. En ese contexto tienen un hijo. Vivir para Higinio consiste en *existir*.

Las escenas de la vida de Higinio se desarrollan la mayor parte del tiempo en su escondite, y cuando se hace de noche, en las cuatro paredes de su casa. En la película se puede ver como esta *repetición de lo mismo*, esa rutina que desgasta, va acompañada de la degradación psíquica del personaje. A nivel imaginario, el descuido por su aspecto (engorda, su ropa desprolija, envejece), a nivel real, su goce se reduce cada vez más. A nivel simbólico, su deseo se va apagando. Queda una *vida desnuda*: desnuda de las necesarias pantallas exogámicas donde enlazar goce y deseo. Sólo su mujer y un hijo del que no logra ser padre.

El *temor*, que en principio le hizo de barrera de protección ante la posibilidad de una muerte segura (Freud distinguía cuando el miedo venía ante un peligro externo y cuando del “interior” del sujeto), luego le impide volver a conectar con los goces de la vida. Tarda 30 años en hacer el pasaje del riesgo “de” vida, al riesgo “de la” vida; riesgo vital para que un sujeto se sostenga en la ley de su deseo. La vida en el exterior deviene un peligro del que se protege creando una agorafobia (mientras que el efecto que produce en el espectador es de orden de la claustrofobia al verlo metido en ese hueco donde no pasa nada, reduciéndose a un topo). Ante la conmoción de la escena fantasmática que lo había sostenido hasta ese momento (cuando Franco toma el poder), arma su respuesta sintomática: el miedo al exterior. Freud nos advierte que en la formación de síntoma hay que tener en cuenta lo que llama las series complementarias: las causas predisponentes (que la película no muestra) y las causas desencadenantes. Ante ese mismo temor a ser fusilado, no todos los sujetos responden de la misma manera.

El Régimen franquista cae, ya no hay peligro real de muerte, pero Higinio no logra desarmar su síntoma. El síntoma cede por fin cuando su mujer, con lo que podríamos llamar una intervención en lo real, le dice: “me voy sola”. La película finaliza con Higinio saliendo de su casa para irse a algún lugar de vacaciones con Rosa. Recién ahí logra arriesgarse a navegar en las aguas de la vida. Recién allí se hace para él la diferencia entre vivir y sobrevivir. Como la frase célebre que toma Freud de Pompeyo (quien arenga a sus marineros que se negaban a embarcar ante el amenazante estado del mar): “navigare necesse est, viviré non est necesse” (navegar es necesario, vivir no lo es”).

Luego de 9 meses de convivir con el virus Covid-19 que nos hizo aislarnos en la trinchera del hogar hasta el día de hoy en el que hemos empezado a convivir en la “nueva normalidad” , nos encontramos en la clínica con una amplia variedad de respuestas subjetivas que van desde sujetos que niegan (negación) el peligro de contagio y por lo tanto no se cuidan ni cuidan al otro, sujetos en la lógica de la renegación (“ya lo sé pero aun así”... a mí no me va a pasar nada), sujetos agotados, sujetos con distintas graduaciones de angustia, hasta sujetos que como Higinio quedan amurallados en el síntoma fóbico, esperando la vacuna para poder empezar a vivir la vida deseante. Otros sujetos (como otros que también fueron perseguidos por el franquismo), han comenzado hace un tiempo a salir de la trinchera, aprendiendo a jugar el juego de la vida, un poco artificial, aún entre barbijos y distancia, para no quedar como Higinio jugando un juego de escondidas con la muerte pero sin que nada la vida te descubra.

Cecilia Montes